

En parte más avanzada de mi relato tendré ocasión de hacer algunas consideraciones acerca de la importancia que este bípedo tiene para la clase indígena y de la distinción de que es objeto.

Fuí, como he dicho, bárbaramente tratado por Brígido, y más bárbaramente amenazado si decía una palabra de aquel castigo y de cuanto en lo sucesivo hiciese.

Mi debilidad en aquellos momentos, á causa del terror inspirado por los golpes, fué causa más adelante de que los estudiantes se creyesen autorizados para tratarme del mismo modo: cómo fué esto y las consecuencias que tuvo en mi porvenir, será asunto que trate en el capítulo ix, porque el viii, si el lector lo permite, voy á destinarlo á poner de manifiesto mis malas cualidades como *bata* de servicio, ya que por hoy sólo me he ocupado de las buenas.

### VIII.

#### *El bata de servicio.*

El bata de nuestros días, como dicen los escritores contemporáneos, no es el bata de hace veinte años.

Este tipo especial de la servidumbre doméstica de Filipinas ha experimentado la misma metamorfosis que en ese espacio de tiempo se ha operado en los gustos, en las tendencias, en la constitución de la sociedad de Manila, y como ella, ha dado un paso hácia las perfecciones europeas.

El bata moderno es un bata disfrazado.

Su corteza es otra, por más que su manera de ser no haya variado esencialmente.

Los nuevos elementos de locomoción llamados calesas, que en tan gran número pululan por esta capital; la movilidad de la población europea, profundamente acentuada desde los primeros meses de 1869; cierta vida especial de fonda, de entresuelo, que se traduce en economías de un orden poco conocido hace veinte años, han dañado al bata una importancia relativa en la escala de los criados filipinos, y lo han elevado á un grado antes desconocido. Me ocupó solo del bata que sirve al europeo.

Hace veinte años el bata cumplía en cada casa funciones muy limitadas: á trueque de unas cuantas prendas de ropa al año y de media docena de lecciones de cartilla al mes, el bata servía para traer el pebete á las visitas, para agitar el mosquero durante la hora del almuerzo ó de la comida, para llevar de cuando en cuando un vaso de agua

y para *seguir* muy orondo en el pescante del enorme y cómodo sipan en el cotidiano paseo á la Calzada de Bagombayan.

Tener un bata era casi una superfluidad, que solían acoger algunas familias de segura residencia en el país, como una obra de caridad prestada á la civilización de las gentes de este suelo; como una inteligencia sacada del purgatorio de la ignorancia para ser utilizable en su día en provecho del bien común.

Hoy el bata es una necesidad.

Y el bata no se contenta con que se le vista y se le enseñe á leer: prefiere hacer lo primero por su cuenta y se cuida poco de lo segundo.

Hoy el bata se dá en alquiler al mejor postor.

La demanda ha acrecido y el género ha subido de precio.

Y el bata, por consiguiente, ha cambiado de funciones, pasando á ser, de simple bata, criado en miniatura, cochero en miniatura, y hasta corredor amoroso.

Se ha comprendido que el bata giraba en una esfera demasiado estrecha mientras se le circunscribiera al servicio del pebete y al de mascarón de pescante:

—Un bata es fuerte—se han dicho algunos;—la juventud dá agilidad al cuerpo; los sentimientos del hombre, mientras es niño, no están viciados; hay cierta pureza de ideas, cierto entusiasmo por el trabajo, y á todo esto ayuda la disposición natural, el vigor inherente á los pocos años.

Luego—y esto es importantísimo—un bata puede ganar menos sueldo que un criado, que se van cotizando ya á precios demasiado caros y no es por cierto mercancía escogida. Pues bien, hagamos del bata un excelente servidor doméstico, trabajador y barato.

Yo no sé si todos los que pensaron de este modo han llegado á la meta de su pensamiento; pero creo poder asegurar que el bata se ha apercebido suspicazmente del propósito, se ha colocado una mano extendida sobre la nariz, apoyando en ella el pulgar y agitando los demás dedos, y alargando luego la otra, ha dicho: ¡tres pesos de sueldo!

La *indirecta* no tiene vuelta de hoja; ha sido comprendida y aceptada.

He aquí porque he dicho al principio, que el bata de hoy no es el bata de hace veinte años, y que ha ascendido un puesto en la gerarquía de la servidumbre doméstica.

El bata ha empezado por perder su aire torpe é imbécil, su cortedad en el hablar, su desaliño en el atavio y aun hasta un poco de su antiguo respeto.

Esta es la modificacion de la corteza.

El bata de hoy se presenta *entero*, frase tauromáquica que me veo en la necesidad de emplear para exponer de golpe mi pensamiento; habla con gran desparpajo; se viste con cuidadoso esmero, porque las libreas abigarradas y caprichosas le han formado un gusto especial por el vestir, y contesta y replica con una serenidad y una *correccion* muy próxima al descaro.

Todo esto lo ha ganado el bata en pocos años; y si estas cualidades son útiles para el servicio de los europeos; si estas cualidades esenciales constituyen desde luego un buen criado en el presente y un hombre de bien en lo postrero, es indudable que hemos ganado mucho y que han prestado un importante servicio á la poblacion los primeros que pensaron en utilizar el bata como criado hecho y derecho, los primeros que rompieron el círculo de hierro en que el bata vivía con la vida de la crisálida.

Pero no es oro todo lo que reluce.

Si el bata hace veinte años tenía algunas malas cualidades, porque yo las he tenido, y de ellas me ocuparé como he ofrecido, esas malas cualidades han crecido, se han desarrollado, en razon directa de su nuevo papel, de sus nuevas funciones.

El criado indio suele ser embustero, tramoyon, hipócrita; el bata de servicio lo es siempre. Yo lo he sido. La mentira está encarnada en nuestra naturaleza; pero la mentira grosera, poco ingeniosa, de basta urdimbre. Fraguamos un embuste en un periquete, por librarnos muchas veces de una reprobacion ó de un castigo, y la soltamos con una serenidad increíble: no nos detenemos á estudiar las consecuencias; la cuestion es salir del paso, y maldito si nos remuerde la conciencia por faltar á sabiendas á la verdad. Este defecto capitalísimo temo llegue á vivir eternamente con el bata.

Otra mala cualidad no menos culminante, y desde luego más punible, es cierta aficioncilla irresistible al hurto. Tengo que acusarme de diversas raterías, no de gran importancia, cometidas en mis primeros servicios, y que puedo creer peculiares á *la clase*. Una de mis tentaciones más furibundas fueron los calcetines: esta prenda me gustaba extraordinariamente, sin duda porque no la había usado nunca, y no pude dominar la tenta-

cion de envolver mis piés negros y callosos en aquella funda delicada: hurté calcetines. Más adelante me gustaron las camisetas..... y hurté tambien camisetas: un poquito mas adelante aún, me gustaron los pañuelos, como me habian gustado los calcetines y las camisetas, y tambien los pañuelos fueron fruto de mis rapiñas; que es muy cierto aquello de que dado el primer paso en la pendiente del mal, los demás son fáciles y ligeros. Todavía me apoderé de algunos botones de cobre, objetos de relumbron que cautivaban mis sentidos, varias estampitas, cigarros y otros objetos pequeños, que vendia ó cambiaba por golosinas. Tengo motivos para asegurar que los batas modernos hacen lo mismo. y tal vez con menos escrúpulos.

Paso á otra cualidad.

Nuestras manos no tienen precio para destrozar: á pocos años, poca prevision, poca calma, y es casi inherente al bata un abandono, una falta de tino y cuidado para tratar y conservar las cosas del amo, que si puede tener alguna disculpa en los pocos años, no la tiene seguramente en la conciencia. En ménos de seis dias hice yo pedazos quince platos, dos soperas y cinco vasos y copas: despunté y torcí cuatro ó seis tenedores; le quité la cabeza á un magnífico santo niño de yeso; rompí el cristal de un cuadro, y dejé sin patas á dos sillas. Algo me apuró al pronto tan continuada série de calamidades; pero... al dia siguiente lo hacía peor, creyendo enmendarme, y eran mis manos un censo perpetuo sobre el bolsillo del amo. Hay abandonos de otra especie, que no los cito ahora, porque participa de ellos el criado formal y no son patrimonio exclusivo del bata.

Como golosos, damos los batas tres y raya á los más famosos andaluces, gente que pasa en el mundo por aficionada á *golosear*. Hay pocos artículos en la despensa ó en el aparador platero, que se escapen al paladar del bata. El caramelo da tremendos bajones á fuerza de tientos; el contenido de las dulceras disminuye prodigiosamente: los vinos generosos, y en especial el moscatel y el Pedro Jimenez, pasan velozmente á nuestros estómagos; y no se diga nada de las broas, las tortas ó las ensaimadas que sobran del desayuno, porque apenas hemos quitado el plato de la mesas cuando ya han desaparecido los residuos dejados por el amos entre nuestras famélicas fauces.

En punto á cigarros y cigarrillos, el bata

goza de la inmunidad de fumar de balde: los amos no suelen fijarse mucho en sus existencias, y el bata se aprovecha de estas distracciones muy amenudo, trasladando á sus bolsillos los puros y los cigarros de papel, que es una maravilla: todos los batas fuman, aunque hipócritamente aparenten otra cosa.

Otra cualidad hay que reconocerle al bata.

A las horas de comer suele ser el bufon de la gente de cocina, como suele serlo de la demás servidumbre, cuando por las tardes se reúne en la puerta de la calle: entonces pone de manifiesto su rarísima habilidad en el arte de silbar, en el cual llega á maestro, gracias á la abultada disposición de sus labios. El bata silba cuanto oye, cuanto tocan las bandas militares, cuanto llega hasta él á través de las paredes del teatro en las noches de ópera; si los mosquitos, como dijo no se quién, son los murguistas de la naturaleza, los batas son los silbadores de la humanidad; y no hay, á fé, cosa mas desapacible ni destemplada que el agudo tonillo que se escapa de sus labios imitando un paso doble, el *balitao* ó los vales del *Fausto*.

Y no solo silba el bata en el portal de la casa, en la cocina ó en la azotéa á las horas de descanso, sino que silba en la calle cuando vá á cualquier recado, en la calesa mientras espera á su amo, y en donde quiera se le presenta ocasion de lucir su habilidad en la que, repito, es un verdadero profesor: el silbido es el canto natural del bata, como el gorjéo es el canto del jilguero.

(Se continuará.)

F. CASADEMUNT.

## UNA VISITA

AL P. JUAN DE CAPAS Y A SUS AETAS EN 185...

(Continuacion.)

V.

Un poco de historia y de filosofía social.

Pasado el rio por Calumpit, se advierte muy pronto en los campos de cañamiel perfectamente cultivados, en el mejor aspecto de las viviendas, en las construcciones más grandes para trapiches, y más que en todo eso, en que los hombres parecen más fornidos y las mu-

geres vestidas con más esmero, que se entra en otra tierra, donde se trabaja casi todo el año, pero con variedad, con provecho y con mejor alimentación, lo cual no se observa donde solo se cultiva el arroz, que es trabajo estacional.

En la Pampanga y demás provincias azucareras, el labrador dispone de poco tiempo. Cuando no ara, ó no limpia y aporca su plantacion de caña, está dedicado á reparar los mecanismos de su trapiche, ó á disponer embases, ó á la molienda, ó á otra faena que no puede dejar retrasada. Esta necesidad de continua atención forma carácter y hábitos de laboriosidad: así se comprende que esos labradores de corta cosecha de caña, tienen cubiertos de plantas útiles sus solares, y mejor cuidadas sus casitas, formando vistoso conjunto un pueblo ó barrio. Una escepcion de esta regla general conocí después: algunos pueblos de Batangas, donde, sin embargo de ser los habitantes buenos labradores y ganaderos, se mira con inconcebible descuido la vivienda. De chozas casi destruzadas he visto salir en la provincia de Batangas, en dias de fiesta, hombres y mugeres luciendo ricas joyas y trajes de seda.

En el cultivo del arroz, los hombres se acostumbran á la holganza la mayor parte del año, porque sus terrenos anegadizos admiten pocos animales domésticos, y las mugeres hacen la plantacion y la siega; el ocio, la abundancia en una corta temporada, las privaciones en lo restante del año, las sencillas faenas y escaso trato social que exigen, y la falta de otros aprovechamientos y cultivos, tienen á estos labradores, más propiamente llamados sementereros, en la mayor prostracion moral. ¡Notable coincidencia! El cultivo del arroz, de este cereal que alimenta la mitad del género humano, ocasiona valetudinaria existencia en algunas comarcas europeas y americanas, y sirve menos que otros á secundar la accion

civilizadora en Asia y Oceanía. En la India inglesa y en Java, son como en Filipinas, las más atrasadas y pobres, las provincias arroceras. El cultivo del trigo, por el contrario, parece acompañar á la espresion mas enérgica de vitalidad social en Europa y en América, siendo única escepcion el Egipto. Algo que no es el clima determina tales diferencias. Mal cálculo parece el prescindir en ningun pueblo de Filipinas del cultivo de cereales, pero es más perjudicial todavía el que pueblos enteros lo tengan como esclusivo medio de subsistencia.

Si la correría por Bulacan me llevaba al idilio, por los caminos de la Pampanga iba á más practicas observaciones, casi á la árida economía política. Era mi afan tomar notas de produccion y de gastos; veía actividad, reparaba muestras inequívocas de bienestar y de abundancia, y como consecuencia, más civilizacion. Las gentes me parecian menos accesibles, pero atentas, con maneras y con dignidad personal: no tan amables y humildes como las que había visto en la otra provincia. Hallaba tambien mayor número que entendia un poco el castellano, en lo cual se ha adelantado mucho después, porque en cualquiera casa de principales en la Pampanga hay ahora con quien hablar, y es frecuente encontrar jóvenes educadas en colegios de Manila.

¡Que palanca de progreso la educacion de la muger! Donde escaséa la instruccion, aparece la muger, en todas partes, y cuando el islamismo no la degrada, con notable superioridad intelectual y moral sobre el hombre. Aquí es tan patente esa cualidad, que á nadie pasa desapercibida, y solo á ella hay que atribuir la influencia legítima que en estos pueblos tiene la muger, así como la bondadosa y aceptada autoridad que ejerce en el seno de la familia.

¿Qué sucederá cuanto todas esas mugeres reciban instruccion, y tengan libros, y comprendan el partido que pueden sa-

car de tantos elementos de riqueza como las rodean y del respeto con que los hombres las atienden?

Miraba yo á los pampangos con cierta curiosidad y simpatía. Tanto durante el viaje por la via del Cabo, como en mi corta residencia en la capital, había leído con curiosidad grande, varios libros antiguos y modernos sobre este país, cuyos periodos históricos principales conocía ya medianamente. He aquí, pues—decía al ver los indios en los caminos de la Pampanga—los leales compañeros en nuestras desgracias y en nuestras glorias. Estos, y solo estos, eran los que de 1650 á 1750, en ese siglo de prostracion, durante el cual, acosados por todas partes, no se atendía más que á sostener el terreno ganado y el honor de la bandera, mientras ardía Manila en ridículas y estériles discordias; estos eran los que, en igual número de los soldados españoles, y siempre con ellos, participando fraternalmente de sus penalidades, de su pobreza y de sus alegrías, guarnecían los fuertes y rechazaban las frecuentes embestidas de holandeses, de moros, de igorrotos, batiéndose siempre uno contra diez como lo veían hacer á sus amigos los castellanos. ¡Brava gente! La provincia de la Pampanga que no tenía entonces la quinta parte de la poblacion de ahora, daba para el servicio de las armas mil voluntarios, entre oficiales, sargentos y soldados, siempre disciplinados y valientes, al decir de los historiadores. Mucho después, encontró allí D. Simon de Anda el mismo espíritu de noble adhesion á la bandera; y aun en nuestros dias ofrece la Pampanga un hecho digno de memoria. Cuando el General Urbiztondo hizo la espedicion á Joló, dió orden de que los pocos batallones llamados provinciales ó reserva que había en el país se pusieran sobre las armas, viniendo á dar guarnicion en Manila el de Pampanga. Cinco dias después de la órden, entraba en la capital

ese regimiento con aspiraciones de figurar en la expedición, á la cual solo se destinaron tropas de línea. La Pampanga tiene muy honrosa historia militar.

Estas y otras reflexiones me ocupaban mientras recorría aquellos hermosos pueblos y bien cultivados campos de la Pampanga baja, que es una verdadera mina de oro por la calidad de sus tierras, de sus productos y condiciones de la población. Disgustado por los repetidos casos de no poder entenderme con mis interlocutores y por la inutilidad de mi intérprete tagaloc, esquivaba ya las ocasiones de conversacion: no pensaba sinó en llegar cuanto antes al sitio donde creía encontrar *aetas*; y recuerdo que fué una sorpresa grande para mí el oír á un municipe que, llegado yo á un tribunal, me dijo:—¿Gusta V. honrar mi casa?—Había en aquel hombre la frase, el modo y la oportunidad. Al despedirme pocos momentos después, estreché su mano con efusion pensando en la noble raza á que pertenecía.

Esa provincia tan fértil está surcada por rios de corriente veloz, cuyos desbordamientos destruyen los caminos y aun los campos en la estacion lluviosa. Esto, la falta de materiales para el firme de aquellos y la multitud de carretones que los recorren y dejan profunda huella en la arenosa vía, son causa de malestar y un estorbo á mayores progresos. Si hubiera una fórmula de ferro-carriles muy baratos, la Pampanga agradecería mucho su planteamiento. Cuanto más se avanza al interior, más carretones se encuentran y es mayor la dificultad del tránsito.

Los pueblos que pasaban entonces por más ricos ó de más movimiento del tráfico eran Guagua, San Fernando, México, Angeles y Arayat. Los que me parecieron de más esmerada policía eran México y Angeles. De una curiosidad me hablaron entonces, que por no estar en mi itinerario no pude ver: había un an-

ciano en San Simon llamado D. N. Macapagal, muy considerado por bueno y por rico, que conservaba con religioso respeto una espada que el Adelantado Miguel Lopez de Legaspi regalára en señal de estimacion á un antepasado de dicho Macapagal, régulo indígena contemporáneo del ilustre primer Gobernador de Filipinas. Me dijeron tambien, que en 1845, visitando la provincia el General Clavería, le presentó dicho anciano aquella joya, que era una larga tizona del siglo XVI con cazoleta, y hasta la ofreció á la autoridad superior, quien le dijo:—Conserve V. eso, que no pertenece á V. personalmente sinó á toda la descendencia del que la recibió, y después, á este pueblo y á toda la Pampanga, como uno de los más bellos timbres de su historia.

VI.

El P. Juan.

Siguiendo hácia la Pampanga alta, y á media legua de uno de los primeros pueblos de esta parte de la provincia, la casualidad me deparó el encuentro de una persona muy ilustrada y tambien aficionada como yo á no desperdiciar gratas emociones que ofrecen la historia, la naturaleza y el estudio de las gentes y de las cosas. Algunas horas juntos, sirvieron á aguijonear mi deseo de llegar á la mision de Patlin, que es ahora el pueblo de Odonell, y en la cual había muchos salvajes.

Aquel amigo me habló de un misionero de celo extraordinario por la civilizacion de aquellos, pero de tan admirables cualidades de bondad y abnegacion, que no se concebía pudiesen conciliarse con las inclinaciones y necesidades del hombre, siquiera fuese este el más caritativo y virtuoso.—Vaya V., vaya V., me decía y trátelo: encontrará un fraile muy sencillo y cariñoso, pero no podrá obsequiar á V. porque vive muy pobremente. Como es muy modesto

y no sospecha el mérito de sus actos, no le ha de contar á V. nada que le interese, y es bueno que yo le diga á V. algo sobre ese hombre singular, que hace algunos años conozco perfectamente.

Es montañés, natural de un pueblecillo llamado Quintanilla de Ruicandio. Su nombre es Fr. Juan de Sta. Lucía, y tendrá ahora de 36 á 38 años de edad. Profesó en Monteagudo y llegó á este país el año 40, viniendo poco tiempo despues á esta provincia como compañero del ilustrado P. Varela, también recoleto, que servia el curato de Mabalacat. Muy pronto aprendió el idioma porque traía decidida vocacion para su apostolado.

Nombrado despues misionero, el P. Juan, apesar de cuanto le decian sobre las cualidades negativas de los salvages inmediatos, para recibir ideas de la civilizacion cristiana, no quiso ver en los aetas sinó á hombres ignorantes y desgraciados, consagrándose por completo, con una fuerza de voluntad increíble, á la obra gigantesca, en que tantos otros habian fracasado, de llevar la luz de las grandes verdades á tan rudos entendimientos. ¡Alma hermosa! El resorte que emplea el P. Juan para entenderse con los aetas ejerciendo sobre ellos tal predominio que á su presencia todos parecen sumisos y contentos, no es otro que ¡la caridad! ¡pero hasta que grado, Dios mio! V. habrá leído historias de hombres que recogían en las ciudades criaturas abandonadas, para darles albergue, alimento y educacion; de otros que se dedicaban á curar asquerosas enfermedades; de otros que á cada paso ofrecian su vida en aras del bien ajeno, siendo generalmente secundados por los que, conmovidos, presenciaban esas heróicas virtudes. ¿Y cree V. que no pertenece á esa falange de héroes que el cristianismo llama santos, el hombre que, aislado, sin más estímulo y apoyo que su grandioso empeño, pasa los dias buscando aetas, les

dá cuanto tiene, les acaricia, les cura sus enfermedades, penetra en sus refugios del bosque, donde nadie le quiere seguir, para llevarles ropas y alimentos, sin perdonar género de fatiga corporal, privacion y sacrificio, cuando le ocurre que alguno necesita de su socorro? Hay que convenir, amigo mio, en que esto traspasa todos los límites de nuestra naturaleza, y que no pertenece á nuestra época ni aun á este mundo el ser que así desempeña su papel de discípulo del divino fundador de nuestra religion.

¿Qué resultados obtiene el P. Juan, dice V.? No sé que contestarle: me consta que los aetas le miran, inconscientemente, como un ser sobrenatural, y demuestran amarle; también me consta que muchos de ellos, antes feroces, son ahora dóciles y se prestan á los tratos de la vida civil; los de estas cercanías ya no nos huyen, y son muy raros los casos de acometidas y robos, antes tan frecuentes. Todo esto es algo. El empeño del P. Juan es reducirlos á poblado, y esto se les hace muy violento: parecen obedecer más á instintos que á razon cuando principian las lluvias y corren al bosque á escarbar, en la ya reblandecida tierra, buscando las raices y tubérculos silvestres que son su favorito alimento. Dejan entonces los albergues que han construido bajo la direccion del P. Juan, y las demás comodidades de la vida de poblado al amparo de la paternal solicitud de su misionero, ó más bien de su angel, por volver á sus hábitos de la vida de fieras y de absoluta libertad. Algunos, sin embargo, van tomando costumbres mas sedentarias, y la mision de Patlin vá aumentando en poblacion, aunque la mayoría de sus habitantes son indios cristianos procedentes de otros pueblos, y muchos de razas mezcladas. El P. Juan no bautiza á sus neófitos sinó en peligro de muerte: quiere verdaderos cristianos, y esto au-

menta el mérito de su inmensa abnegación.

Si al mismo tiempo se tiene presente que ese hombre ejemplar hace una vida de cenobita, pues no se alimenta sino de vegetales; que no se ha separado en tantos años ni un momento de su sistema; que con igual paciencia y bondad asiste á la escuela para enseñar á los niños, ó á un enfermo para curarle, ó acompaña á sus rudos feligreses á las obras públicas, trabajando á veces por sí mismo en ellas, para darles ejemplo y enseñarles á satisfacer las cargas sociales; que ese hombre parece siempre tranquilo, alegre y dispuesto á nuevos sacrificios, todos sin otro galardón ni estímulo que su conciencia, antes bien, censurados algunas veces y delante de él por nocivos á su salud y por estériles los más de ellos; tendremos que reconocer que el juicio de los móviles del P. Juan está fuera de nuestro alcance. Es seguro que ninguna persona de mediana instrucción llamará nunca á eso entusiasmo, palabra que sirve para designar impulsos, arranques y manifestaciones, nobles sí, pero demasiado vehementes y transitorios; ni le llamará tampoco fanatismo, que equivale á tenaz exageración y perversion de sentido moral, conduciendo á actos, por lo comun, contrarios á la ley natural, y casi siempre sacrificando hombres en aras de la más implacable violencia al servicio de una idea cualquiera, buena ó detestable. No; para nombrar la abnegación en favor de sus semejantes, el amor al prójimo con la sublime verdad que recomienda el Evangelio, y en grado tal que espanta á los más indiferentes, no tenemos en todos los idiomas otras palabras que virtud heroica y divina caridad.

Me pide V. algunas particularidades de su vida, de esos rasgos que dan á conocer un carácter, ó un pensamiento fijo, ó un temperamento. Solo podré decirle que los hay muy curiosos, no faltando algunos que han tomado plaza

de anécdota; pero en todos ellos figura el misionero dentro del círculo de su lógica y de su sistema. Es que Dios lo envió á este mundo perfecto para su obra, aunque á la mayor parte nos parezca una especie de anacronismo vivo en el siglo XIX.

Hace tres ó cuatro años, el R. Provincial de Recoletos, ó sea, el Prelado de la orden á que pertenece el P. Juan, con motivo de la visita que suelen pasar esos superiores, reparó en las escaseces que rodeaban al misionero, sin ropas de vestir, de mesa y otras cosas indispensables. Llegado á Manila, dispuso una remesa de tejidos propios para el hábito y otros usos, y que el P. Juan recibió en piezas. Era de ver en aquellos días la infantil alegría del P. Juan, tijera en mano, fraccionando aquellas piezas en cortes de camisas, de pantalones y de sayas que pronto estuvieron repartidos; sin haber perdonado á las telas que venian destinadas para que él se hiciese hábitos!

En una ocasión vió pasar una pequeña partida de carabineros con dirección al barrio de Patlin: entonces eran objeto de la mas severa vigilancia Pangasinan y pueblos inmediatos de otras provincias donde se fumaba mucho tabaco de contrabando. Si en Patlin ni en algunas leguas á la redonda habia estanquillo ¿qué habian de fumar sus medio-salvages vecinos sino lo que recibian de los montes? El P. Juan se alarmó á la vista del Resguardo y corrió á evitar alguna desgracia. Cuando llegó, ya los carabineros, al mando de un sargento, estaban registrando las chozas, y en todas encontraban tabaco aunque en corta cantidad; los aetas y balugas, por su parte, andaban arremolinados y dispuestos con sus arcos y flechas, á escapar al monte ó á algo peor: aquello no ofrecía parar en bien, por la tirantez del sargento, que no distinguia de casos ni personas ni atendía los rue-

gos del misionero. Este no le pedía sino que se llevase cuanto tabaco encontrase allí, pero que desistiese del temerario empeño de conducir á la cabecera, presos, á los aetas de Patlin, inocentes en fumar lo que tenían de valde, cuando ni por dinero se podían proporcionar ese gusto con tabaco de la Hacienda. Nada pudo convencer á aquel hombre irreflexivo, y principió á atar á los aetas. Entonces, el P. Juan tomó otro empeño, más difícil que el primero: el de convencer á los aetas que se dejasen atar y conducir, porque él los acompañaba. Apesar de la oposicion del sargento, el P. Juan figuraba entre los presos, y al abrirse la cárcel de Bacolor para admitir estos, él fué el primero que entró en ella.

Avisado el Alcalde mayor (D. José Paez) de la novedad, corrió á sacar al P. Juan para tenerle y obsequiarle en sus habitaciones; pero el misionero dijo que no salía sin sus feligreses; dando tales razones al alcalde en justificacion de la necesidad de que pasáran así las cosas, que aquella autoridad provincial dió la orden como el P. Juan quería, y parte á la Autoridad superior que aprobó su comportamiento. Alegres volvieron juntos á Patlin, el día siguiente, los aetas y su admirable pastor, convirtiendo este en fiesta lo que estuvo á punto de principiar tragedia.

En Mayo de 1850 hubo una furiosa tormenta en estos montes, cayendo tanta agua, que se desbordó ó abrió un boquete el gran pantano que hay en el Pinatubo, que es el más alto de los montes inmediatos. Serían las oraciones cuando, saliendo de madre los tres rios que de allí bajan, inundaron repentinamente el valle, subiendo el agua hasta los techos de las casas, varias de las cuales fueron arrastradas. Baste decir, para ponderar la enormidad del suceso, que en la hacienda de Baleté, propia de Bausá, subió el agua cinco varas sobre el solar del trapiche, arrastrando azúcar,

calderas y otros enseres. De los indios, se ahogaron los que no se apresuraron á subir á los arboles ó sobre los techos de sus chozas. En Capas, corrieron al tribunal, que estaba más alto, los naturales en pos de su misionero, cuando principió la inundacion; pero momentos despues llegó una segunda y más furiosa corriente, que les obligó á dejar aquel sitio por una meseta más alta y cercana. Media hora despues pudieron bajar al tribunal, y se encontraron con que habían desaparecido todos los efectos que allí habían depositado, y entre ellos, dos baules del P. Juan llenos de ropas suyas y de iglesia. Al saber los RR. Párrocos de otros pueblos y demás personas acomodadas lo que había sucedido, y que el P. Juan lo había perdido todo durante la calamidad, le enviaron ropas en gran número, que él repartió inmediatamente, confiando en que sus baules habían de aparecer por alguna parte. Así, en efecto, sucedió, pero teniendo ya enteramente inservibles las ropas que contenían.

Sería interminable si fuera á contar los mil hechos semejantes que conozco de ese religioso y demuestran la absoluta abstraccion que hace de sí ante el prógimo; siendo, por otra parte, un hombre de muy claro entendimiento y agradable trato, y con personas de cierta clase, haciendo siempre estudio en ocultar su sistema, que tantas veces le han dicho sobrepasa su obligacion y pone en peligro su existencia, que debe conservar para mayor provecho de su celo apostólico.

Produjo en mí la mayor impresion el relato del compatriota: yo no creía que fuesen contemporáneos nuestros, ejemplos como ese de completo abandono de la personalidad humana ante un principio santo, al cual se podía rendir homenaje, y con gran mérito ante Dios y los hombres, haciendo mucho menos. Mi curiosidad subió de punto, y deteniéndome

menos de lo que me habia propuesto, tomé el camino de Mabalacat.

Interesa á mi objeto consignar aquí una observacion. En las pocas horas que me detuve con el amigo que tan curiosas noticias me habia suministrado sobre el misionero de Capas, tuvo aquel que recibir para negocios ordinarios, algunas personas, dos de ellas mugeres, con quienes él se entendía en pampango. La conversacion era animada y sostenida, especialmente por las mugeres, en un tono, vivacidad de respuestas y jovialidad de expresion y fisonomía, como podian usar personas de buen trato y al entenderse en castellano. Cuando se marcharon, dije al amigo:

—Al parecer, posee V. el idioma de esa gente; el asunto debia ser alegre, á juzgar por el buen humor que reinó en todo el diálogo.

—Tratábamos de negocios: quieren comprar ganado de labor que yo tengo.

—Pues yo hubiera creído que se contaban VV. cuentos, porque el tono de toda la conferencia no podía ser mas alegre.

—No diga V. eso: en todas partes, es decir, en nuestra España, se tratan así los negocios entre las gentes del pueblo, y aquí como allí, se manejan refranes y dichos agudos, entrando por mucho el ingenio á suavizar la aspereza del interés encontrado, y de manera que, concluido un negocio, quede la gente tanto ó mas amiga que antes, lo cual no sucede cuando se presentan con toda su rudeza las opuestas exigencias.

—¿No le hubieran entendido á V. hablándoles castellano?

—Estos que V. ha visto me entenderian, aunque no muy bien; pero me conviene hablarles su idioma nativo porque sé que yo me hago así mas simpático para ellos y les inspiro mas confianza; permitiendo la conversacion digresiones que les agradan y giros del estilo ó modismos de cariño ó de atencion que les suenan bien usados por nosotros, y con-

ducen á mejor manera de entenderse por de pronto y de dejar arraigadas relaciones amistosas para mas adelante.

—Es que convendría que estas gentes se acostumbrasen á emplear el castellano.

—Supongo que las catalanas, valencianas y vascongadas que no viven en las ciudades ya hablarán todas correcto castellano, eh?

Con esta última observacion, y encojiéndose de hombros, cerró este punto mi amigo, quitándome el deseo de llevar mas allá mi curiosidad.

La situacion deleitosa de Mabalacat á inmediacion del bosque, con tantas corrientes de agua cristalina, no me ofreció aliciente para descansar allí, ni tampoco otro pueblecito llamado Bambang: andube casi sin detenerme las dos leguas hasta Capas, ante cuyo pobre convento cubierto de hojas de anajao, puse pié en tierra.

El P. Juan, cuya figura es hoy para mi la de un gigante, pues el tiempo transcurrido la agranda y la embellece cada vez más en mi imaginacion, me recibió con una atencion afectuosa que inspiraba confianza y gratitud. Su fisonomía alegre y candorosa, le hacía aparecer doblemente agradable. Parecía aun jóven pero no gozando buena salud. Apenas entré, le ví como escudriñando con una mirada su pobre ajuar para ofrecerme el mejor asiento ú otras comodidades. Aunque aficionado á conversacion, yo estaba como cohibido en su presencia, porque se me agolpaban á la memoria todas las particularidades que me habian contado pocas horas antes, y me abrumaba la idea de la distancia que nos separaba, representada por los devaneos de la juventud en las ciudades, por las pasiones y cuidados que suelen llenar nuestra existencia egoista, en la cual todos nos figuramos centro de un sistema planetario, como si para cada uno de nosotros hubiera sido hecho el mundo, y á nuestros goces y caprichos se debiera plegar la naturaleza entera. Nunca como

entonces sentí el peso de agena superioridad que no se impone!

Después de las primeras y acostumbradas frases de saludo, me dijo:

—Gracias á Dios, en este tiempo se anda con menos trabajo este camino, porque en el de aguas se pone muy malo y los viajeros sufren molestias y aun pasan peligros. Ya le falta á V. poco para llegar á la provincia de Pangasinan.

—No voy á Pangasinan.

—¡No va V. á Pangasinan....!

Quiso sin duda hacer alguna otra pregunta, pero su discrecion, y digamos la frase castiza, su buena crianza, le contuvieron; pero en su fisonomia se retrataba la sorpresa que le produjera mi contestacion. En efecto, por Capas se va á Pangasinan ó se vuelve de Pangasinan. Ir á Capas ex-profeso no tenia explicacion alguna y solo habrá ocurrido á los pocos naturales que van por sus pequeños negocios. Viendo al P. Juan reflexivo, quise sacarle pronto de dudas.

—Vengo á Capas para ver aetas.

Me pareció que no encontraba el P. Juan cosa natural y corriente el ir á ver aetas, sin duda porque era el primer caso de un viaje á Capas con ese solo objeto. Sin embargo, con semblante risueño y al cabo de un rato me dijo:

—¿Es V. naturalista?

—No soy más que un aficionado, con muy limitados conocimientos y más dispuesto al entusiasmo que al análisis ante las obras de Dios.

Húbole de agradar, sin duda, la respuesta porque, mas expansivo, entró en conversacion ponderándome la novedad de las mil cosas desconocidas en las ciudades y que se encuentran á cada paso en aquellos bosques. Ofreció acompañarme el dia siguiente á un largo paseo por sitios que me habian de gustar mucho y á ver sus pobres aetas, de los cuales solo me dijo que eran muy desgraciados y muy dignos de compasion. Al hablar de las maravillas de

la naturaleza lo hacia con cierta vehemencia, como de hombre que, al igual que yo, mas las sentía que las comprendia. ¡Qué útiles habrian sido los apuntes de ese religioso que tanto andaba por los bosques, si su instruccion hubiese abarcado algo de las ciencias naturales!

Hubo de dejarme varias veces para dar órdenes relativas á mi hospedage aquella noche, y tuve que insistir en que me daba pena el verle tomar ningun cuidado por ello, siendo yo hombre de pocas necesidades, que llevaba previstas. Cenamos juntos, ó mas bien, cené yo y él muy poco, sirviéndose de un solo plato, y pasamos despues mas de una hora hablando de las costumbres de los habitantes de aquellos bosques tan poco explorados; siempre espresando sus ideas con una calma y frialdad de raciocinio que no se avenían bien con la pasion ó mania que otras personas atribuían al misionero. Yo me llegué á persuadir firmemente de que el P. Juan creía en la posibilidad de civilizar aetas, siendo esta conviccion y una ardiente vocacion religiosa, los polos en que su sistema descansaba y los móviles de su extraordinaria abnegacion

Todas mis facultades las dediqué entonces al estudio del problema que me presentaban dos tan opuestos criterios con relacion á los aetas.—«Como los *papuas*, á cuya variedad de la especie humana pertenecen, representan la ultima escala de la inteligencia: son refractarios á todo mejoramiento social.»—Así hablaba la opinion y sostenian algunos libros que yo habia leído.—«Son hombres, pero muy ignorantes y desgraciados porque se ven privados de los beneficios inherentes al estado de sociedad, de que forman muy mala idea por otros hombres dispuestos siempre á abusar de su superioridad sobre ellos.»—Tal era el convencimiento del P. Juan de Santa Lucia, misionero consagrado con un fervor sin límites, condiciones y reserva, á la redencion

de los aetas. ¿Quién tenía razón? ¿Cuál es el criterio, de esos dos tan contrarios, que debe servir de base, tanto á los que dirigen la administracion civil, como á los que sostienen administracion espiritual, para ulteriores resoluciones que puedan afectar á los aetas, y cuando la existencia de estos no parezca compatible con los intereses creados á inmediacion de sus madrigueras? Merece la pena de estudiarlo, y para ello presentaré, en el artículo siguiente, algunos datos, recogidos del P. Juan en 185..., de los libros y de documentos oficiales que, posteriormente, he tenido ocasion de consultar.

(*Concluirá.*)

E. V.

---

### ENTRE EL MAYON Y EL ISAROG.

---

(*Conclusion.*)

Dia 7.

No he podido dormir en toda la noche recordando, en mi tercera Julia, la pertinacia de mi destino. Hacía latir mi pulso alterado una especie de fiebre. ¡Julia, Julia, Julia! ¿habrá en el libro de la Providencia series de atracciones determinadas para cada hombre y para cada muger? Y en este caso, ¿cómo se explica que en dos palabras, al parecer insignificantes y que no proceden de la naturaleza, el nombre y el apellido de una persona, apellido y nombre que no son mas numerosos que otra multitud de ellos, se halle encarnado á tan largas distancias el mismo pensamiento de tres mugeres?

¡El nombre y el apellido! Sí. Y he callado esta última coincidencia hasta ahora, porque la casualidad pudo hacer que existiesen las dos primeras Julias Martel; pero la tercera viene á constituir un verdadero fenómeno. Yo no me he echado por el mundo á buscar Julias; son ellas las que han aparecido en mi cielo, como esas estrellas de dicha que brillan esplendorosas en la mañana de la vida. ¿Estaré condenado á amarlas para lamentar pronto su desaparicion? ¿No va á ser un constante desasosiego de mi espíritu el encontrar en el mundo esos nombres y esos apellidos? ¿Deberé huirles? ¿Y porqué huirles si soy querido? ¡Ah! tal vez

una Julia haya de hacer mi felicidad ó mi desgracia! Esperemos.

Hubiera querido encontrar en mi nuevo amor el reflejo del genio de la primera Julia, aquel semblante embelesador, aquel corazon violento, aquella voluntad dispuesta á sacrificarse por otra voluntad querida; y ademas, el amor candoroso, la espiritual virtud de la segunda; pero la belleza al desparecerse pierde la armonía y la perfeccion del conjunto; los climas, mas que las nacionalidades, determinan todavía los encantos de la muger: en el Norte predomina en la belleza el pensamiento; en las zonas templadas predomina en la belleza el corazon; en los paises cálidos superabundan los sentidos, la voluptuosidad, la elegante, la atractiva pereza. Esta Julia meridional habla poco al juicio y al sentimiento; y sin embargo, no se la puede mirar tranquilamente. Su figura reúne los contornos de aquellas diosas que tan bien modelaba el cincel griego. Sobre su pecho de matrona, coronando su flexible cintura, se mece una cabeza de graciosos perfiles, con una frente apasionada, con unos ojos rasgados, árabes, de mirada brillante, deleitosa, variada, indefinible, que os arrebatara; mejillas mate, onduladas, donde asoma el rosa con frecuencia, para provocar al deseo; labios bien cortados, que se recogen como un nido, se estienden con el gesto de una dulce esperanza, se abren graciosamente, se pronuncian pidiendo besos; oreja breve, mano nacarada, pié de sílfide.

Sin duda que la raza musulmica, despues de mezclar su sangre con la española, dejó hondos surcos de su fecundidad y de su espíritu en las secas playas del Mediterráneo. Las arenas ardientes de ese suelo han servido de crisol para formar el temperamento de sus doncellas; de los rieles eléctricos de las olas de ese mar son los fuegos de las bulliduras pupilas de estas hijas del Mediodia; y ese suelo siempre esplendoroso, y ese sol siempre abrasador, y esas brisas siempre caldeadas y penetrantes, engrandecen y dilatan y encienden los corazones predispuestos á las fuertes pasiones.

Dia 10.

Por fin he dormido anoche. He soñado. Concentrados mis pensamientos de todo el dia en mi tercera Julia, me la presentó la fantasia, no tal como es, sino tal como la imagina el afan del alma mas exigente que los sentidos en sus necesidades. Soñé que la llevaba yo del brazo por los senderos de

una alameda y saludaba y hablaba con cortés dignidad á sus amigos y con frialdad sinó con desagrado á sus adoradores. Un audaz jóven se atrevió á dirigirla palabras insolentes y obscenas. Le coji por el brazo alejándole de Julia sonrojada y temblorosa, y le conjuré para que no volviese á acercarse; pero como insistiese, tuve que castigarle algo duramente, lo que ciertamente no me correspondía, y le entregué á dos agentes de orden público; hecho que me recompensaba Julia con miradas sobresaltadas, tiernas y casi llorosas. Cuando llegó el día semanal de tertulia en la casa de la condesa, me manifestó con cuanto mas gusto pasaría la noche á mi lado, en la calle, al pié de su casa, sentados á la tibia luz de la luna. Me exijia que fuese á la misa que ella oía, y al salir de la iglesia divisaba en la mirada espiritual de Julia algo de divino impreso durante su oracion. Caigo enfermo, y siempre que me despertaba de alguna pesadilla, infundía consuelo á mi espíritu un destello clavado en mí; la mirada de Julia. Y si apenas convaleciente, por esas violentas transiciones de los sueños, solicitaba de ella el placer del amor, una repulsa dulce y cariñosa, una resistencia fuerte y compasiva me hacia volver en mi y conocer la realidad de mi estado.

Pero esto solo era un sueño. Ay! en vano yo quería prestar un alma al dulce encanto de esa muger. A mi tercera Julia, con su sumisa voluntad hácia mí, y dispuesta á ser mía, la son extrañas las delicadezas del sentimiento y las fruiciones del corazon. Julia solo sabe amar con templanza, rendirse al himeneo, ser esclava de un hombre. Si Julia reuniese los encantos del alma, á mas de los del cuerpo, seria cosa de enloquecer.

Día 20.

Llevo diez dias de confidencias íntimas con Julia, de cambio de sensaciones, de promesas halagueñas. Se ha establecido entre los dos la atraccion permanente. Separados, es en vano que otros objetos provoquen nuestro amor. Cerca uno de otro no vemos á nadie mas que el uno al otro. Durmiendo, la paz de la fé y la confianza de la fidelidad prolonga el descanso. ¡Flores de amor y de reposo, nunca os olvidaré!

Día 30.

Otra vez la lucha ¿Porqué dudo si en el cuerpo de Julia reside un alma? Tal vez la tenga, pero muy recóndita. A mi toca

llamarla á la luz, al movimiento, al entusiasmo, y mas que toda á la fé de otra vida. La fé engendra la fé. Mi fuerza moral es mucha y el amor hace milagros. Yo lubricaré en esa alma los delicados sentimientos de la existencia.

Han mediado declaraciones mias delante de la madre de Julia. Hemos convenido que dentro de año y medio, cuando haya cambiado mi posicion social, nos casaremos Julia y yo, y para prevenirnlos contra un accidente fatal de la suerte, compraré una tartana que nos evite muchos gastos de viaje si como hasta aquí me conduce la Providencia á otras provincias.

Hasta nuestras esperanzas no pueden ir mejor; pero la madre de Julia indica á esta con un gesto imperativo que, se retire. Me quedo solo con la madre, que abriendo el cajon de una cómoda saca un baulito, y del baulito una escritura que me dá á leer.

Es una escritura de esponsales contraidos por Julia y un subalterno del Ejército, y sabido es que los contrayentes de este documento no pueden casarse con otra persona sin permiso el uno del otro; promesa atroz, promesa temeraria cuando no está basada en el verdadero amor y en la verdadera fé.

Pero la madre me descubrió del todo el origen de esa escritura, bañados sus ojos en lágrimas. Ese oficial, que no era ciertamente ningun jóven imberbe, sinó un veterano duro de corazon, había abusado de la candidez de tres muchachas adolescentes, siendo Julia la de mas edad, y la que mas deseaba el intrépido seductor. Julia se quejó, ó mas bien se confesó á su madre, y esta compelió al oficial, que se negó á casarse por ser subalterno y por la tierna edad de Julia, y consintió solo en firmar la escritura de esponsales.

La profunda sensacion que me produjo esta desusada franqueza de una madre desolada, no alteró, antes mas bien afirmó, mi deseo de hacer á Julia mi esposa. Estaba enamorado, y firmamente convencido de que aquella muger me pertenecia toda en voluntad, y que lo pasado con el oficial había sido efecto de los juegos imprudentes á que se entregan las jóvenes adolescentes mal vigiladas ó mal dirigidas. La muger sabe lo que hace, por jóven que sea; la adolescente no lo sabe.

Día 25.

De poco me sirve ser doctor. Soy un doctor sin ciencia; torpe. Debía haberme fijado

en el excesivo desarrollo físico de Julia y en cierta lasitud de su cutis, con respecto á su edad, para conocer los estragos causados por una voluntad demasiado voluptuosa en una naturaleza poco enérgica. Mi fé me dice que Julia no ha amado hasta ahora; es verdad. Si con sus quince años representa veinte, lo debe sin dudo á su temperamento, cuya linfa se aumenta al paso que disminuye la influencia nerviosa en virtud de los placeres de la imaginacion. Es costumbre en esta ciudad conceder muchas mas horas á la pereza que al trabajo y al movimiento social: y así los miembros superiores é inferiores de la organizacion se debilitan á costa de la nutricion de los medios.

El trato ligero con algunas amigas de Julia me ha hecho conocer á las compañeras adolescentes que con ella fueron víctimas del liviano subalterno. Toda la ciudad femenil conoce esa historia; y mas que una causa de desden es un motivo de interés que llama cerca de estas, ya mugeres, mayor número de pretendientes; es verdad que en esta poblacion forma el sexo una sociedad tan cordial, tan íntima, tan exenta de rivalidades, que nunca es desechada del trato y de la opinion, por débil ó desgraciada á resultas de formales relaciones, ningun ángel caido. ¡Honor á la noble tolerancia, á la generosa grandeza!

Dia 10.

Han pasado tres meses mas, y mi cambio de posicion se divisa todavía á la distancia de un año proximamente. Entre tanto acaba de acontecer el accidente fatal á que parece sujeta mi vida. Antes de ascenderme han juzgado conveniente conferirme un honor. No tendré mas sueldo, pero sí mas categoria, y deberé marchar pronto á otra provincia. El corazon me dice que perderé el amor de la tercera Julia á poco de ausentarme,

Dia 20.

La despedida de Julia y mia ha sido tierna, y nuestros labios han espresado, juntándose de mil maneras, las protestas y los juramentos de fidelidad mas ardientes. He bebido sus lágrimas y..... parto.

Cinco meses después.

Las jóvenes no carecen de fé. ¿Porque carecen de esa virtud, respecto á los novios, la mayor parte de las madres? ¿Porqué la buena, la respetable madre de Julia, me escribe una carta cortando nuestros relaciones?

Solo me queda de Julia un retrato que me sonrío siempre que le miro.

Ella posee el mio con la misma espresion. En esas sonrisas se encierran todos nuestros recuerdos.

—Doctor, doctor, siempre sois grande; muchos hombres renunciarían á esa tercera Julia al conocer el abuso de que habia sido víctima. Vos os elevais; estableceis sabias distinciones entre las dos edades, adolescencia y juventud, y os apartais del vulgo escrupuloso para las virtudes de la muger y tolerante y sancionador de sus vicios.

—Camilo; el mundo, y á veces las leyes, son injustos con las desgraciadas mugeres, y es efecto de la situacion local de esta ciudad, falta de comunicaciones, pobre, y abundante en bellezas, la envidiable hermandad en que viven. Por eso he recordado este periodo de amor al contemplar en esta provincia de Camarines Norte la escasez de mugeres tachadas de mala opinion. Mis relaciones con la tercera Julia fueron un pequeño y placentero poema, un idilio venturoso cuya armonía vino á turbar la ausencia. Dejé á Julia menos pura que cuando la conocí, pero á pesar de esto y de la imprudencia de su madre, al cortar nuestras relaciones, estaba seguro de que se casaría, como se casó cuatro años despues de mi ausencia. Se casó con un honrado industrial.

El castellano de Cabusao.

No se estendian nuestros deseos de impresiones mas allá de Lavo, porque las montañas entre Tayabas y Camarines son casi inaccesibles, y es mucho mas corto el camino por mar, caso de querer visitar aquella provincia.

Al regresar de Lavo á Daet caía el agua á torrentes. Aleccionado por la arribada, al atravesar la bahía de San Miguel, me confié á la direccion del doctor D. Previsiones; y esta vez navegamos con mar bella, en una sola jornada, en la misma banca sin vela, y con los ocho remeros de la vez anterior.

Eran las ocho de la noche cuando nos dió el quien vive un cuadrillero, de centinela sobre un monton de piedras de la costa. No habíamos desembarcado, y ya vimos delante de nosotros al castellano de aquella pequeña lengua de tierra.

Esa castellanía no se parece á la de un castillo feudal, ni es una fortaleza antigua ni moderna. Es un punto de desembarco y embarque del Pacifico que el ojo estratégico del pirata eligió para sus correrias. Cuarenta

ó cincuenta pobres chozas, cuyos habitantes viven del mar, componen la poblacion en esa lengua de tierra avansada; y el castellano reúne el carácter de comandante militar sin espedir ni visar pasaportes, de capitán á guerra sin intervencion en la Armada, de gobernadorcillo perpetuo sin nombramiento, de gobernador político sin facultades, y de auxiliante con riquísimos medios.

Un antiguo soldado que goza un muy módico sueldo se halla en posesion de la castellanía. Es hombre de poca estatura física, pero de bastante energía moral, bien vestido, tiesura militar, cara seria y arrugada, bigote y pelo canos, ojos pequeños y vivos. Aunque de autoridad limitada, gobierna bien la pequeña visita. Su lenguaje castila puro, su carácter, su actividad, sus años, le grangean legitima influencia sobre los vecinos del tranquilo barangay. El fué quien, noticioso de que los moros navegaban no lejos de aquellas costas, pidió un cañon al gobernador de Nueva Cáceres y lo asestó en el punto saliente de Cabusao, con la cureña encajada sobre piedras marinas. Este cañon, este centinela de hierro, tiene á su lado el centinela de alambre, el cuadrillero que nos dió el quien vive á distancia de alta voz. En la casa del castellano. orillas del rio, hay un batallan donde se pasea otro vigilante destacado de los números de guardia reunidos para poder relevar ambos centinelas. A todo barco que pasaba por el rio, y fueron muchos durante la noche, daba el cuadrillero el quien vive; y respondiendo España, preguntaba ¿que gente? y al contestar: gente buena, gritaba: *atraca*, y la reconocia.

Entretanto el castellano no se tiende á pierna suelta; reposa en una butaca.

Tres meses del año, hábiles para la pesca en la bahia de San Miguel, establece su corral cuatro ó seis millas de Cabusao, y de los productos de esta industria regala los mejores.

A la hora de la baja marea salimos de Cabusao, rio arriba, y el castellano se empeñó en acompañarnos en una barquilla para servirnos de guia y evitar los bajos; y cuando llegamos á fondo libre, se despidió de nosotros el noble viejo.

Sintesis.

En la vuelta de un viaje hay muchos momentos en que se agolpan los recuerdos en bella ó en triste ó en variada perspectiva. Entonces la mente recapitula, se ordenan los pensamientos, toman vida las impresiones. Si sois pintor rectificais vuestros bos-

quejos con los mejores rasgos; un músico escribe nuevos acordes destacados de las notas principales; el poeta empieza á dar armonia al ropage de sus musas; y si es un peregrino, un filósofo ó un investigador de verdades, su oracion mental se nutre de ideas; aprecia el conjunto y brota la plegaria, el sistema ó la ciencia.

Pero en las distancias, cuando no se recorren resbalando á impulsos del vapor, cuya rapidéz obliga á agrupar mucho los objetos en la imaginacion; sinó lentamente, á remo, y mediando brazos de mar, grandes bahías, ó venciendo á pié intrincadas cordilleras, los fuertes recuerdos se forman bien, quedan, se detallan, y la grandeza de los grupos se disminuye; y lo que se ha pasado, lo que se ha sentido, se condensa y acaba por ocupar un punto fijo en la memoria.

De Camarines Norte, con su horizonte sombrío; de Lavo con su pintoresca campiña; de Naga que debe pugnar por reunir en dos institutos ambas juventudes; de los alegres pueblos de la Rinconada; del animado movimiento del tráfico en algunas calzadas, solo quedaban perennes los recuerdos de la grata acogida, las ideas sosegadas de una paz envidiable, de una sociedad sencilla, hija del idilio y del madrigal. La esbelta jóven dalaga con el bilao de frutas en la cabeza, el oficial de cuadrilleros bajo su sacacot y espoleando su mal cuidado jamelgo, la recién despasada cubierto el rostro de pudor, el agreste campesino trabajando en las cunetas de la carretera, los chicos medio desnudos y arrastrando cañas, las parejas de indios é indias cabalgando, el severo cuadjutor, el finchado gobenadorcillo, la anciana reverente, toda huía y se disipaba en el cielo del pensamiento.

Solo dos objetos no se apartaban de mi mente y de mis ojos: el Isarog y el volcan de Albay. Por cualquier parage que pasára durante mi estancia en Nueva Cáceres, en las mesetas de Daet, en Albay, divisaba los dos gigantes del Sur de Luzon. Y si desde tierra se les contempla, en la bahia de Legaspi se puede tocar la falda del uno, en la bahia de San Miguel la del otro. No subireis á un otero sin reconocerles.

Média entre los dos la distancia de veinte leguas.

A ser posible colocar dos grandes fasos en sus cumbres, los navegantes de ambos mares distinguirían, los unos el Isarog, los otros el Mayon, desde muchas mas millas que lo que permite un faro ordinario.

El uno como el otro sirven de gasómetros centrales al celage, á los cúmulos, á nimbus, á las diafanidades que se forman, y organizan, digamoslo así, la tempestad y el buen tiempo. Columnas de esa decoracion teatral de tres provincias animan todos los panoramas topográficos y presencian las fiestas religiosas y profanas de un millon de habitantes hoy, mañana tal vez de tres millones. Son dos promontorios que enarcan sombras protectoras contra el ardor calcinador del clima y presiden ese gran coro de la floresta de montes, de lomas, de colinas, risueños accidentes de donde desciende la frescura y por donde sacude la brisa sus alas. Cada uno de los dos necesita del otro, y los dos forman la gran sintesis geológica y topográfica de tres territorios acertadamente demarcados. Sin ellos, esa tierra de landas careceria de armonia, el sol aplanaria la vegetacion de todas las llanuras, y el aire perderia esa fresca ligereza, esas alas de céfiro que le prestan tantos accidentes, y barrerian inclementes las monzones la superficie del Sur de Luzon.

Y si despues de esa sintesis que podemos llamar material, queremos buscar la sintesis moral y la relacion social en lo que tienden las leyes naturales á esos objetos, hallaremos la primera en la exaltacion religiosa que los fenómenos extraordinarios infunden en los pueblos, y la segunda en la mayor aptitud para el trabajo que proporcionan las condiciones industriales y agrícolas, hijas del clima.

—Vais adelantando, me dijo el doctor, despues de leer estas lineas, y vuestra topografía me trae á la memoria algunos de mis apuntes. Pero os falta decir que el dia que se apague el volcan, una magnífica vegetacion ascenderá hasta las cumbres cubiertas hoy de lavas petrificadas, y el Mayon será hermano del Isarog.

—Gracias doctor; voy aprovechando algo de vuestros consejos; habeis cambiado mi modo de sentir literario y mi modo de pensar social. Hay bastantes flores naturales así la verdad que se rebusquen las artificiales. La poesia no es el Fausto; es la belleza y la gracia. Mi alma está consolada con esas tres mugeres que me habeis descrito. Son adorables y su historia prueba que es mas facil de lo que se cree hacer felices á los hombres, y que si no lo son consiste las mas veces en la impaciencia de los padres y en la poca fé de las mugeres.

Regreso.

El que ama á la humanidad se encuentra

bien en todas partes donde esta reside; y á pesar de lo desagradable que es el abandono de la vida ordinaria cuando la constituyen poderosos lazos en nuestra residencia habitual, se siente, durante un viaje detenido, dejar el trato de tantas personas que nos han inspirado distintas simpatias, y la voluntad que se va, dá un adios triste á la voluntad que se queda. Así vamos exhalando las flores del sentimiento mundanal, tan propias de nuestro ser cultivado, no sin desear ver allá á los que hemos visto aquí.

En un dia cruzamos las veinte leguas de Naga á Albay, que habíamos recorrido tan despacio. Subimos á la torre de Daraga á contemplar el hermoso panorama de la rica tierra de Albay. Un anciano religioso habitaba en ese pequeño convento, sobre un alto y pedregoso cerro. Por Daraga pasaba el ingeniero de minas y el concesionario de las del carbon de piedra de Bacon, descubiertas en la orilla de la bahía de Legaspi. Dentro de poco y correspondiendo los actuales trabajos á las fundadas esperanzas de los socios, se formará un pueblo entre Manito y Bacon.

Tambien en Albay nos esperaban amigos, amorosamente recogidos en la vida íntima de la familia, los unos en realidad, los otros en recuerdo. De estos últimos era el digno administrador de Rentas (hoy cesante) cuya asiduidad é inteligencia en sus deberes iguala solo á su facundia poética. Con gusto insertaríamos algunos versos suyos si estuviésemos autorizados, y si no perteneciesen los mas á los tiernos deliquios de la existencia en el hogar doméstico.

Albay se llamaba tambien el vapor que nos esperaba en Legaspi para volver á Manila. Cambiábamos de derrotero, no de nombre.

A las sesenta horas el vapor subia las queridas ondas del Pasig. El movimiento de la poblacion de la Capital filipina nos alborozó muy pronto, y descendiendo mi pensamiento á las planicies de la vida habitual, aunque nutrido de frescos y nobles recuerdos, repetia al doctor los versos de Zorrilla:

Bello es el mundo, sí, la vida es bella,  
Dios en sus obras el placer derrama.

—No prosigais, dijo el doctor tendiéndome los brazos; aquí deben terminar las impresiones de este viaje. Tomad esta targeta con las señas de mi habitacion, y no me olvidéis. Tal vez volvamos á viajar juntos y nuestro viaje será entonces lo que no es hoy este para el público: una novela.

Nos abrazamos segunda vez y nos separamos. *Junio de 1874.* S. M.

## LOS MONUMENTOS MARIANICOS.

### I.

#### DESCRIPCION.

En las islas de Guajan, de Rota, de Saypan y de Tinian pertenecientes al archipiélago de Marianas, encuentra el arqueólogo objetos dignos de llamar su atención, tanto más, cuanto que esos objetos consisten en monumentos de un género arquitectónico especial, al cual obedecen todos los que se encuentran de la misma época, en esas diferentes islas: todos obedecen á un tipo que se ve constantemente reproducido en ellos.

Consiste cada uno de esos monumentos en un trozo de bases paralelas de pirámide truncada cuadrangular regular, sobre cuya base superior ó de menos área, descansa una semiesfera cuya parte plana mira hácia arriba.

Respecto á la proporcion en las dimensiones es vária, existiendo en Tinian los que tienen el verdadero carácter de monumentos, pues los de las otras islas, ninguno excede de cuatro piés de altura, teniendo la esfera menos de dos piés. En la misma isla de Tinian hay doce que descuellan sobre los otros, pues tienen cuatro por cinco piés de base, quince de altura, presentando en la seccion truncada un asiento de unos dos piés en cuadro y sosteniendo en ella semiesferas de seis á siete piés de diámetro.

Estas pirámides se encuentran siempre apareadas, en líneas paralelas y colocadas de cuatro en cuatro varas.

Las pequeñas se componen de dos piedras labradas: una piedra forma el pié y otra la copa; pero las grandes constan de varias hiladas horizontales, de piedras de arrecife unidas con mortero de cal y arena: cada hilada tiene unas seis ú ocho pulgadas. Por fin, diremos que carecen de cimientos, razon por la que se encuentran algunas caidas por tempestades ó terremotos, pues en cuanto á los habitantes, las miran con gran respeto y veneracion.

### II.

#### TRADICION.

Estos monumentos de fecha anterior al descubrimiento de las islas, no tienen hoy aplicacion alguna y estan cubiertos de musgo y abandonados.

Para saber, pues, su objeto, hay que acudir á la tradicion.

Segun esta, esas pirámides eran las «casas de los antiguos», é interpretando esta frase, pode-

mos creer que eran los pilares en que descansaban las cubiertas de esas casas: es tan original esa construccion, que no podemos sacar por analogía su aplicacion á los edificios, así que admitimos esa interpretacion; por mas que tambien podrian servir para descansar el segundo piso de dichos casas, pues hay que tener en cuenta que si se admite la primera hipótesis, indudablemente serian unas habitaciones muy bajas las de aquellos antepasados, á lo que se opone en cierto modo la circunstancia de que enterraban sus parientes debajo de sus casas, en cuyo caso, atendida la poca elevacion, tendríamos que los vivos estarian en contacto casi inmediato con los muertos, y por profunda que fuera la fosa, siempre percibirian demasiado los miasmas. Es, pues, mas factible que sobre esos pilares descansasen las cadenas, y sobre estas las soleras que sostubieran el piso principal de la vivienda. Admitida esta suposicion, y dados los terremotos, aunque no intensos, que se dejan sentir en aquellas islas, hay que confesar que no está desprovisto de ingenio ese género de construcciones. Dando gran base á los pilares, que por otra parte no tienen cimientos, y teniendo la forma de pirámides, resisten mejor el fenómeno geológico: las semiesferas vienen muy bien para que, si las cadenas, que no están incrustadas, se desvian de posicion, no caigan al suelo, pues para ello tendrían que recorrer toda la estension del radio, lo cual no podria suceder sinó mediante un terremoto intensísimo, como el que habrá caido los monumentos que se encuentran por tierra: el piso principal seria de caña, ó palmabrava y paja ó nipa.

Hemos dicho que en dicha isla de Tinian hay doce monumentos que descuellan entre los demás por su magnitud: esos doce monumentos, puestos en dos filas paralelas, son conocidos en el país con el nombre de casa de Taga.»

Taga, fué un magnate indígena que figura en los fastos militares de aquellos países; y junto á la que fué su morada está la actual residencia de Tinian.

Sobre uno de los doce pilares aludidos decia la tradicion que Taga habia dado sepultura á su hija, cubriendo el cadáver con harina de arroz.

En 1855 rejia el archipiélago de Marianas, el Sr. D. Felipe de la Corte y Ruano Calderon, modelo de gobernadores ilustrados y laboriosos, y que escribió sobre las islas una memoria descriptiva é histórica que si hubiera otra para cada una de las demás pro-

vincias filipinas, serian de gran utilidad, porque nos las darian á conocer en toda su importancia; en 1855, repetimos, el Sr. de la Corte quiso averiguar qué visos de verdad tenia la tradicion, y nos dice en su memoria, de la que tenemos los datos que anteceden, lo siguiente: —«Subí á la columna que citaban, y aunque cubierta de arbustos, hallé efectivamente una cavidad llena de tierra, y con arbustos de tronco de dos á tres pulgadas de diámetro, y habiéndola hecho despejar y escavar, encontré efectivamente un trozo de una mandíbula inferior humana y dos huesos, al parecer, falanjes de un dedo.» (\*)

Los hechos, pues, parecian confirmar la tradicion mariánica.

### III.

#### CONJETURAS.

La existencia de los principales monumentos en la isla de Tinian parece señalar un lugar distinguido á aquella isla en la época prehistórica de aquellos paises.

La isla se presta á ello; un clima benigno, una vejetacion tropical, un terreno llano en la mitad de su superficie, una costa de pendiente suave al Sud-Oeste, excelente ganado vacuno, de cerda, etcétera, algunas aves, escaséz de animales dañinos; y sin embargo tenemos que lamentar que hoy, bajo nuestro paternal gobierno, se halle casi inhabitada, pues no hay allí sinó los lazarinos enviados de las diferentes islas y unos veinte individuos mas, dependientes del gobierno por diversos conceptos.

La circunstancia de ser Tinian la mas próxima al Japon, y el carácter de los mo-

(\*) Entre varios apuntes históricos y descriptivos de Marianas que poseemos y hemos resuelto coordinar para su publicación en la *Revista*, desde que en la *Memoria* del laborioso y entendido Sr. La Corte advertimos algunas omisiones que creemos importantes, sin que esto pueda mermar el mérito de tan concienzudo trabajo, se encuentra uno que dice así literalmente:

«Los *chamorros* habitaban casas bien labradas, levantadas un *estado* de la tierra, sustentadas sobre fuertes pilares de piedra y las entoldaban y adornaban &. &. Además de las casas particulares habia otras comunes y espaciosas, en forma de atarazanas, para guardar sus embarcaciones. En una de estas casas comunes, mayor que las otras, junto la caleta de Guajan, donde la armada de Legaspi hizo la aguada, y que tenia cuatro naves, construida en crucero, con grandes pilares de mamposteria, se celebró misa durante los once días que estubo allí la armada.»

Agregaremos, aunque no parece de este lugar, que la palabra *chamorro*, que creen muchas personas propia del idioma de Marianas, es castellana, y fué aplicada por los primeros españoles que visitaron aquel país, á los caciques ó nobles, que se distinguian del pueblo por la cabeza rapada, es decir, *chamorra*. NOTA DEL EDITOR.

numentos de que venimos ocupándonos, hacen pensar que sean debidos á la influencia japonesa, que debió hacerse sentir en el archipiélago mucho antes de que tocara en él Magallanes y viese en sus radas embarcaciones movidas por medio de velas latinas, razon por la que les puso este nombre en el primer momento.

Viene á robustecer esta conjetura, el ver que carecen de cimientos los monumentos, como con gran sorpresa se vió que carecía la antigua torre de S. Sebastian en esta ciudad, cuando se la derribó para levantar la actual: aquella torre habia sido construida por japoneses de la numerosa colonia que hubo aquí en un tiempo, y resistió varios sacudimientos terrestres.

Los japoneses que arribaron á Marianas pertenecerian á la poblacion del litoral de aquel imperio y se dedicarían á la pesca é industrias análogas, porque apesar de sus superiores condiciones entre las razas de esta parte del Asia, no han dejado otras huellas de su paso por el archipiélago á la gran reina María Ana.

Hemos dado á conocer un objeto curioso de aquellas apartadas islas; los que tengan mas conocimientos en arqueologia pueden hacer un servicio á la ciencia estudiando el problema que les presentan los monumentos mariánicos.

PEDRO DE GOVANTES Y DE AZCARRAGA.

#### BIBLIOGRAFIA FILIPINA.

Catálogo de obras publicadas sobre este país, por orden alfabético de sus títulos y nombres de los autores.

(Continuacion.)

AETAS: *Arte, Diccionario y catecismo de doctrina cristiana, en el idioma de los aetas.*

El P. Fr. Bernardo de Sta. Rosa, franciscano, misionero de Casiguran (hoy distrito del Principe ó Baler en la contracosta) escribió esos preciosos tratados, entre los años de 1727 y 1750. No sabemos si estan aun inéditos, porque solo los conocemos por referencia que no explica esa circunstancia, en la excelente obra del P. Huerta titulada *Estado geográfico, histórico, estadístico y religioso de la provincia de S. Gregorio Magno* (Manila 1865.)

Es general creencia que los aetas han perdido su antiguo idioma, hablando solo el de los pueblos cristianos mas inmediatos á los montes donde vagan. Un estudio filo-

sófico de ese idioma puede servir á resolver una multitud de problemas relativos á esa raza que se va extinguiendo, que se la supone primitiva poblacion del archipiélago, y de cuyas afinidades con las que se encuentran en la Papuasía y presentan los mismos caracteres, el idioma puede suministrar interesantes indicaciones.

ANALES DE MINAS. Segundo año: 1841. *Constitucion geognóstica de las islas Filipinas* por D. Isidro Sainz de Baranda. Trabajo científico de gran mérito, citado con aprecio por sabios nacionales y extranjeros.

ARAGON. (D. Ildefonso de). *Descripcion geográfica y topográfica de la isla de Luzon ó Nueva Castilla, con las particulares de sus diez y seis provincias*. Manila 1819.

Conocemos solo algunos cuadernos, relativo cada uno á una provincia. Trabajo único en su género, y bajo cuyo plan debería hacerse otro ahora, en combinacion con los iniciados para la Estadística.

ARENAS. (D. Rafael Diaz). *Memoria sobre el comercio y navegacion de Filipinas*. Cádiz 1838.

*Memorias históricas y estadísticas*. Manila 1850.

Aunque se resienten de falta de método é incorreccion de lenguaje, todos los escritos de este laborioso empleado estan nutridos de datos y noticias de mucho interés.

AVENTURES *d' un gentilhomme breton aux iles Philippines*; por Mr. P. de la Gironniere. París 1853. Este curioso y pintoresco relato recuerda en su estilo, dice el ilustrado Sr. Vidal, á Alejandro Dumas, amigo del autor.

A VISIT TO THE PHILIPPINE ISLANDS; por Sir John Bowring. Lóndres 1859.

El autor recorrió algunas provincias del archipiélago así que cesó en el cargo de Gobernador de Hong-Kong. Encanecido en el servicio militar y civil y muy aficionado á las ciencias sociales, sus opiniones tienen indisputable autoridad. Sus apreciaciones son benévolas en general y por criterio de economista.

AZCÁRRAGA (D. Manuel). *La libertad de comercio en Filipinas*. Madrid 1872.

BALANZA MERCANTIL DE FILIPINAS. Con este título se publica todos los años la *Estadística del comercio exterior de Filipinas*. Está ya de venta la de 1874. Hemos visto la de 1844. Este interesante anuario exige algunas reformas de método para que su consulta reporte mayores beneficios al comercio, con tal que salga á luz con oportu-

nidad y no con el atraso que antes se acostumbraba.

BARANDA (D. Isidro Sainz de).

*Constitucion geognóstica de las Islas Filipinas*. (Anales de Minas, 2.º año PP. 197 212. Madrid, 1841.)

Acerca de este curioso trabajo científico dice el Sr. D. Sebastian Vidal y Soler en el Apéndice de su *Memoria sobre los montes de Filipinas*, lo siguiente:

«Fragmentos de una memoria fechada en Manila el 15 de Mayo de 1840. Es un trabajo importante y de gran mérito, por ser el primer estudio de la geognosia filipina.»

«El autor estuvo largos años al frente de aquella Inspeccion de Minas, en cuyo puesto prestó relevantes servicios.—El Profesor Roth, en un apéndice de la obra de Jagor (pág. 333) menciona esta descripcion con elogio.—Comprende: 1.º Montañas y altitudes de las principales; 2.º Volcanes; 3.º Valles y llanuras; 4.º Desiertos; 5.º Clima; 6.º Constitucion geognóstica; 7.º Reino mineral (oro, platino, mercurio, cobre, plomo, zinc, hierro, yeso) minas y labaderos; 8.º Reino vegetal; 9.º Animales.»

«La Memoria original contiene, además, interesantísimos datos acerca de la poblacion, religion y comercio, no publicados en la *Revista minera*. El sabio P. Llanos ha tributado justa honra á tan distinguido naturalista, dedicándole el género *Barandea*. «Su *coleccion conchiológica filipina*, es sin duda la mejor de España, y es prueba evidente de la inteligencia y laboriosidad del Sr. Baranda, con cuya amistad me honraré siempre.»

De un juicio tan competente como el que precede, resulta que el trabajo del Sr. Baranda es uno de los mas completos y útiles que se podrian consultar sobre este país, y que de él, solo en un periódico especial y de corta circulacion, se han publicado algunos fragmentos. Dos males resultan de este sistema: 1.º que se defrauda al público, á quien pueden ser y son siempre de utilidad datos y noticias consignados por personas dotadas de vastos conocimientos, y 2.º que por falta de tales publicaciones, se leen con avidéz otras incompletas por su utilidad é inconvenientes por el criterio que las inspira.

Los trabajos de los funcionarios periciales, salvo en casos muy contados, deben tener publicidad: de nada sirven en los archivos, y si de mucho en las bibliotecas particulares. A los gefes superiores basta dar instruccio-

nes y vigilar que se sostenga con celo la mision encomendada á individuos cuya preparacion cientifica representa sacrificios hechos por el Estado con carácter reproductivo, ó esperando de ellos mayores beneficios para los contribuyentes.

BARAJAS. (Fr. Francisco de): franciscano. *Relacion geográfica de los montes de Lantain y Limotan* (1672.)

Estos montes son en los que figura se encuentra con una tribu gobernada por un patriarca, el caballero breton (Mr. de la Gironniere) en su fantástico relato titulado *Aventures d' un gentilhomme breton aux iles Philippines*. Hace veinte años se creía aun en la existencia de una pequeña república en el monte Alimutan, al cual se acercaba con temor el resguardo á hacer talas de plantaciones tabacaleras de los remontados. Hoy es un mito y se sabe que solo vagan allí pocos individuos fugados de sus pueblos.

BAUTISTA. (Fr. Pedro): franciscano. *Historia de Filipinas*, 1605.

En la obra del P. Huerta ya citada, se hace mencion de varios religiosos de su orden que han escrito historias y crónicas. Llama la atencion en el capítulo que tiene por epigrafe *Biblioteca de autores hijos de esta provincia de S. Gregorio*, el número de religiosos que cultivaban las letras, la historia, los asuntos religiosos, las lenguas, no solo de este país sinó de China y del Japon. Ha tenido esa orden, solo en este país, 141 escritores hasta principios de este siglo. Debemos suponer que solo por modestia no se ha continuado el catálogo con los pertenecientes á nuestra época.

BERNALDEZ. (Emilio). *Reseña histórica de la guerra al Sur de Filipinas, sostenida por las armas españolas contra los piratas de aquel archipiélago desde la conquista hasta nuestros dias*. (Madrid 1857.)

Excelente trabajo histórico-militar, completo en método y en datos, para el estudio de la eterna cuestion de Joló. Es de sentir que no haya un apéndice que comprenda la época posterior á las investigaciones del Sr. Bernaldez, quien ha podido dar á su obra hasta el propio colorido local, por haber residido algun tiempo en Mindanao desempeñando comisiones interesantes para contener á los piratas joloanos y aun á los de la bahía Illana. El Sr. Bernaldez es hoy brigadier y Ayudante de Campo de S. M. Alfonso XII.

BLANCO, (Fr. Manuel) agustino calzado. *Flora de Filipinas, segun el sistema sexual*

*de Linneo*. (Manila 1837 y 1845: dos ediciones.)

Obra es de gigante la que llevó á cabo el sabio, paciente y ejemplar agustino citado, sin materiales reunidos por otros autores y sin abandonar su cargo delicado de administracion espiritual. Mas de una vez se apoderó de él gran desaliento, al experimentar dificultades superiores á sus fuerzas; pero volvía á su empeño y pudo concluir su trabajo en 1835. No lo quería imprimir, por considerarlo incompleto y defectuoso, pero le decidió á ello la orden de su prelado consiguiente á una Real orden en la cual S. M. la Reina Gobernadora (en 1836) mandaba se suplicase en su nombre al sabio religioso, que diese á la estampa el manuscrito de la Flora y que, si para ello era necesario, el gobernador superior civil auxiliase de la manera conveniente.

Hoy estan agotadas las dos ediciones de la *Flora*: deberia hacerse una tercera bajo direccion inteligente, agregando las *sinonimias* y clasificacion de plantas por el sistema natural.

#### CRÓNICA.

Son de una tal magnitud las calamidades de que nos obliga hoy á dar cuenta nuestro propósito de registrar solo los acontecimientos mas notables, que hemos llegado ya á temer formen época, determinando cambios radicales en la manera de ser de ciertos intereses y ramos de la riqueza pública. Ya deben suponer los lectores de la capital que nos referimos á los horribles quebrantos producidos por el tifon del 31 del pasado Octubre en las provincias de Albay y Camarines, y al malestar é intranquilidad dimanados de la situacion de dos de las casas mas importantes de este comercio extranjero, y una de las cuales, merced al apoyo noble y de bien entendido interés que la prestan sus imponentes, tiene ya seguridad de dominar la crisis.

Interesando este vidrioso asunto á tantas personas, ya directa, ya indirectamente, de modo que son escepciones raras las familias de cierta clase que puedan creerse á cubierto de la calamidad, no se ha adver-

tido en estos dias demostracion alguna, de esas que revelan la desesperacion de los que, bajo la impresion del primer momento, suelen perder hasta la esperanza respecto á sus aspiraciones y cálculos de fortuna. Hay que hacer á esta poblacion el homenaje de que aquellos numerosos vecinos que estan bajo el peso de la desgracia comercial de la mas antigua y conocida razon social extranjera de esta plaza, estando un ejemplo de cordura, sensatez y ánimo fuerte, que en igualdad de circunstancias no hemos visto en otras partes. La recompensa debida á su serenidad é hidalgo proceder, no puede ser otra que el facilitar todos los arreglos y combinaciones mediante los cuales se aminoren los perjuicios, siempre exagerados en los primeros momentos.

\*  
\*  
\*

Albay, la provincia abacalera por excelencia, acaba de ver destruidos sus plantios de abacá y sus vias públicas, pereciendo, además, muchos de sus habitantes. Como son necesarios tres años para el desarrollo completo de dicha planta, y la ruinosa cotizacion actual sostenida hace tanto tiempo, unida á la paralización impuesta por la cesacion temporal en sus negocios, del mas importante comprador de abacá, no dejan esperar estímulo para seguir beneficiando los plantios que aun se conservan, es de temer que sobrevenga para esa provincia la situacion mas triste de su historia, tan honrosa desde 1820 en que principió la exportacion de abacá.

\*  
\*  
\*

Otra calamidad amenaza al país, la de que aumenten ahora extraordinariamente las imposiciones en la Caja de Depósitos, separando gruesas sumas de la produccion y agoviando al Tesoro con la carga de crecidos intereses. Parece indicada la baja del interés en ese establecimiento para contener en ciertos límites aquella tendencia.

\*  
\*

Los sucesos de mas influencia para el país en estos tres siglos, trayendo algunos de ellos el mayor trastorno en los elementos conocidos del trabajo; ó lo que es lo mismo, las que consideramos calamidades históricas, son las siguientes?:

Disposiciones dictadas á solicitud del comercio de Cádiz á principios del siglo XVII coartando el comercio exterior de Manila.

El terremoto de 1645 que acabó con el resto de vitalidad que habian dejado aquellos reglamentos.

La invasion inglesa de 1762.

La presa de los caudales de Manila por Iturbide en 1825.

El terremoto de 1863.

Ninguno de estos acontecimientos dejó de producir cambios de mas ó menos importancia en la organizacion de los medios que contribuían á la produccion y movimiento de la riqueza; y como creemos de igual importancia el acontecimiento comercial de estos dias, ocurre el decir: ¿en qué sentido se operará la transformacion que estamos abocados á presenciar?

## ANUNCIO.

SEBASTIAN VIDAL Y SOLER.

MEMORIA SOBRE LOS MONTES DE FILIPINAS.

Un tomo en 4.º mayor de 456 páginas, tirada de 300 ejemplares numerados, con un grabado al agua fuerte de D. Francisco Sans, director del Real Museo de pinturas de Madrid. Contiene además como apéndices: una descripcion de maderas filipinas, unos apuntes sobre la Isla de Mindanao, y noticias referentes á 1523 obras y artículos sobre los países del extremo Oriente.

ESTUDIOS SOBRE EL CLIMA DE FILIPINAS.

Por los doctores Semper, Karsten y Jagor.  
Traduccion del alemán.  
Folleto en 4.º de 50 páginas.

DESCRIPCION DE ALGUNAS MADERAS FILIPINAS.

Folleto en 4.º de 35 páginas.

Se venden un corto número de ejemplares, únicos restantes de las ediciones, en la Ciudad Condal de Plana y C.ª calle de la Escolta.